



TUCÍDIDES

JACQUELINE
DE
ROMILLY

GEDOS





TUCÍDIDES

JACQUELINE
DE
ROMILLY

GEDOS



JACQUELINE

DE

ROMILLY

TECHNICAL

PRODUCTION

1980 1988

GRECOS

A LA MEMORIA DE LOUIS BODIN

Este libro está dedicado a la memoria de Louis Bodin, aunque este homenaje es demasiado exiguo para la deuda de reconocimiento que he contraído al escribirlo: Louis Bodin, a decir verdad, es un poco su autor.

Había dedicado toda su vida a estudiar la composición de la obra de Tucídides, poner de relieve sus peculiaridades, analizar la estructura de cada episodio y multiplicar las observaciones y los esquemas. Y, sin embargo, la obra que se proponía escribir, y que debía haber sido su tesis doctoral, nunca fue acabada: sus ideas quedaron apuntadas en estudios de detalle, conferencias o artículos de miscelánea; en cuanto a las notas preparatorias, me fueron legadas generosamente. La comunicación que se había establecido entre nosotros en vistas a la edición de Tucídides se prosiguió de ese modo más allá de su muerte. Sus descubrimientos pasados me confirmaron algunas conclusiones y me dieron estímulo para nuevas investigaciones; se me planteaban por sí solas las preguntas que él se había planteado. Y ahora ya no sé distinguir entre su experiencia y la mía: lo que encuentro en sus papeles ya había llamado a veces mi atención, y lo que descubro gracias a él se deduce en gran parte de sus notas.

En cualquier caso, de hecho, las particularidades de detalle, sobre las que se funda este estudio, y que dieron origen a esta reflexión, fueron suscitadas la mayoría de las veces por él. Sin embargo, no me he atrevido a atribuirle, bajo ningún título, la

A LA MEMORIA DE LOUIS BODIN

A LA MEMORIA DE LOUIS BODIN

INTRODUCCIÓN

La lectura de la obra de Tucídides revela inmediatamente particularidades formales bastante destacadas. No solo los discursos, con sus trenzados de fórmulas y su breve densidad, sino el propio relato, con su consistencia despojada y su fulgor de teorema, sugieren un arte excepcional. Son estas particularidades formales y este arte lo que querríamos aquí contribuir a poner en claro.

Pero, a decir verdad, no se trata solo de estilo y de expresión. La expresión no es, en efecto, más que un signo. En lo que tiene de original, revela un elemento más íntimo: constituye en el relato la aportación del autor, indica su modo de pensar los hechos, las facetas que quiere mostrar en ellos, la forma que personalmente pretende darles. Intentar definir los caracteres que adopta la exposición en Tucídides equivale a indagar cómo, a partir de los diferentes datos que obtiene de sus investigaciones, consigue elaborar ese discurso eminentemente coherente y personal que es su relato. Y en definitiva, las particularidades formales de la obra definen su propia actitud con respecto a la historia. En una época en que la historia, en general, es objeto de una atención excepcional, un estudio como este puede revestir un interés añadido. Después de tantos trabajos que tratan o bien de la historia misma, en tanto que devenir humano, o bien del conocimiento que puede obtenerse de ella y de sus límites, el análisis de los procedimientos empleados efectivamente por un historiador como Tucídides puede presentarse, de alguna manera, como un ejemplo y una aplicación.

El ejemplo proporcionado por Tucídides es incluso privilegiado. Y no lo es solo por el hecho de que se trate de uno de los primeros historiadores dignos de este nombre, ni siquiera de uno de los más grandes: lo es precisamente a causa de los caracteres que señalábamos más arriba, y que vuelven especialmente perceptible, en su obra, el papel activo y constructor desempeñado por el historiador en la elaboración de la historia.

Sin duda, lo que se espera es más bien que el historiador se eclipse, se ponga aparte, sea «objetivo». Pero, en la práctica, ¿qué podemos entender por eso? Se dirá, evidentemente, que debe ser escrupuloso en su investigación y honrado en todas las indicaciones que suministra. Se dirá también que, luego, al escribir su relato, tendrá que abstenerse de añadirle, bajo forma de comentarios, sus apreciaciones personales. Pero ¿serán suficientes estas virtudes para alcanzar la objetividad? Sería demasiado simple.

Un historiador no deja de elegir. Cuando define su campo de estudio, delimita su investigación y se informa, elige. Además, entre los datos que haya podido reunir, por incompletos que sean, y entre los documentos que haya podido conocer y recordar, por limitados que sean, sigue teniendo que elegir. Desde el momento en que establece una secuencia, desde el momento en que escribe una frase que une entre sí dos acontecimientos, está introduciendo ya una interpretación. Por eso puede permitirse describir, de manera puramente objetiva, un acontecimiento tomado al azar, por ejemplo la caída de un gobierno, sin enunciar más que hechos rigurosamente exactos en su estricto orden, pero deduciendo, según su humor, un sistema explicativo o bien otro: una serie pondrá de relieve la negligencia de un ministro, otra las dificultades económicas, una tercera las intrigas extranjeras, una cuarta determinada evolución ideológica, etc. El historiador es como un fotógrafo de quien se esperara un rigor perfecto, cuando se le encarga fotografiar un objeto mil veces mayor que el campo de su objetivo y en transformación permanente. En una situación semejante, es necesario buscar los aspectos más

característicos, y hacer con ellos después un montaje acertado. ¿Y a partir de qué criterios? Desde luego, también aquí la exigencia es que el historiador dé prueba de honradez y escrupulosidad. Pero, una vez más, es necesario que se decida. Y aunque le concedamos incluso, en su origen, un específico campo de interés, siempre más o menos en función de la época en que vive, no deja de ser menos cierto que, en el interior de este campo, y aplicándole todas las cualidades de su espíritu, debe elegir y organizar según su propio pensamiento: para alcanzar el objeto, obra como un creador.

Precisamente por eso la historia de Tucídides presenta una originalidad particular y puede constituir un ejemplo privilegiado.

Esta historia reúne, desde el punto de vista de la objetividad, condiciones excepcionalmente favorables. Tucídides relata hechos contemporáneos, sobre los que era fácil informarse minuciosamente, y él lo hizo con un cuidado y una imparcialidad universalmente reconocidos. Por lo demás, eligió un tema limitado —la historia de una guerra—, y eso le permitió realizar una investigación particularmente completa. Además, en la presentación de la historia, persiguió tan denodadamente la objetividad que casi eliminó de todas partes el análisis personal, dejando hablar y actuar a esos personajes con un inflexible rigor. Y no es sorprendente ese rasgo cuando pensamos que, habiendo desempeñado un papel en los acontecimientos que relata, se limita a nombrarse en tercera persona, sin explicación ni comentario de ningún tipo, obrando en definitiva al revés de lo que hará Jenofonte. En cuanto a su interpretación, a su montaje, para retomar la imagen empleada anteriormente, es tan difícil ver en ella el reflejo ya sea de sus gustos personales, ya de ideas *a priori*, que sus detractores le han reprochado, según los casos, el estar demasiado a favor de los unos o bien de los otros, el ser demasiado severo o bien demasiado indulgente.

Sin embargo, esta historia, que brinda tan plenas garantías, y que tiende de manera tan conmovedora a la perfecta objetividad del erudito, es también aquella en que la intervención del autor es

A LA MEMORIA DE LOUIS BODIN

luego, no pretendemos haber agotado aquí todos los problemas que planteaba el texto. A propósito de cada texto, no hemos ni considerado todos los aspectos ni resuelto todas las dificultades, ni mucho menos. Y todavía podemos pretender menos que estos cuatro breves estudios puedan dar cuenta del método en la totalidad de la obra: la tarea a la que consagró Bodin sus esfuerzos no se ha realizado de ninguna manera aquí. Al menos hemos intentado deslindar, eligiendo algunos episodios representativos, los caracteres más manifiestos, y de ese modo definir, poco a poco, los rasgos más relevantes del método adoptado por Tucídides. Además, cada vez que eso ha sido posible, hemos intentado cotejar esos procedimientos con el movimiento de pensamiento contemporáneo, tratando de averiguar así en qué se distinguía Tucídides de sus predecesores para elaborar métodos más cercanos a los nuestros, y también en qué se mostraba fiel a los hábitos antiguos, duraderos o provisionales, que en la actualidad nos desconciertan precisamente porque corresponden a lo que, en la herencia de la Grecia clásica, se ha perdido o abandonado.

Un proyecto semejante comporta evidentemente dificultades de presentación. Los ejemplos analizados demasiado de cerca suelen parecer fatigosos; en cambio, las búsquedas de equivalentes suelen adquirir un aire de digresión. Pero, sobre todo, las conclusiones que han de extraerse corren el riesgo de repetirse de un ejemplo a otro. Esperamos haber remediado en alguna medida estos inconvenientes, al organizar estos análisis según un encadenamiento lógico. Aprovechando el hecho de que no se trata aquí de un estudio exhaustivo, hemos intentado caracterizar el método de Tucídides seleccionando, deliberadamente, cuatro aspectos sucesivos capaces de ilustrar su itinerario íntimo y de señalar a modo de etapas, a medida que el impulso de la inteligencia se ejerce de forma más perceptible.

Dado que se trataba de determinar la parte correspondiente a la intervención personal y a la interpretación aportada por Tucídides en la elaboración de su relato, creímos que debíamos partir de los ejemplos más simples. Para ello, tratamos en primer lugar a Tucí-

A LA MEMORIA DE LOUIS BODIN

A LA MEMORIA DE LOUIS BODIN

razón. Solo pudo hacerlo porque esta le pareció capaz no solo de organizar los datos de hecho, sino también de suscitarlos y de suplirlos incluso en su ausencia, proporcionando no ya únicamente su trama, sino la sustancia misma de la historia. Y así como organizaba con más fuerza y más habilidad que nadie los resultados de sus indagaciones, así también se entregó a esta diferente tarea con una conciencia aguda de las innovaciones intelectuales que presuponía y que prodigó más que cualquier otro.

Una empresa semejante sigue siendo, en Tucídides, un caso aislado, y, al consagrar esta última victoria de la razón frente a las dificultades de la historia, alcanza un límite: la razón no podría ir más lejos sin arruinar a la historia. Pero este mismo límite es el que el movimiento del resto de la obra habría podido, por sí solo, hacer prever, y esta excepción es la que podía confirmar mejor la regla.

Ni que decir tiene, por lo demás, que esta distinción y esta progresión, así establecidas entre los distintos aspectos en los que se delata la intervención de la razón, no se corresponden más que con una clasificación puramente teórica y solo se justifican por la comodidad del análisis. En la elaboración de la obra, se dan progresos sucesivos: la soberanía ejercida por la inteligencia constructiva sobre los datos de la historia es, siempre y en todas partes, absoluta. La manera en que se señala solo varía en función de las circunstancias. A este respecto, los cuatro estudios que siguen no mantienen entre sí un simple vínculo de encadenamiento: por la conclusión común que se desprende, se confirman mutuamente.

NOTA: Algunos de estos análisis fueron esbozados en conferencias o ensayos anteriores. En concreto, el tema de la primera proporcionó el tema de una exposición presentada en Cambridge, en agosto de 1951, en el Congreso Triannual de la Federación de las Asociaciones Inglesas de Estudios Clásicos. Y la cuarta, sobre la arqueología, utiliza las notas de detalle reunidas en nuestra tesis secundaria. Por otra parte, las conclusiones fueron esbozadas en varias conferencias impartidas en París, Copenhague y Gante.

A LA MEMORIA DE LOUIS BODIN

parte es muy reducida, ya que estos acontecimientos nunca fueron narrados por otros historiadores que aquellos que tuvieron a Tucídides como fuente principal. En cambio, es cierto que este episodio, grávido de consecuencias, merecía toda la atención del autor: el relato que hace de él corre el riesgo, pues, de presentar características bastante marcadas para poder, por sí solo, dar del método una idea que sea especialmente nítida y completa. En tal caso, debería revelar cómo Tucídides elige y expresa determinados hechos, que desea recordar, y cómo también dispone su relato, en un orden y no en otro.

I

En una misma sucesión de hechos, conocida por una misma información, dos historiadores diferentes retendrán evidentemente elementos diferentes.

Entre la llegada de las tropas atenienses a Sicilia y sus primeras derrotas, Eurípides, nos dice Plutarco, les atribuía ocho victorias, cifra que Plutarco considera por otra parte insuficiente (*Nic.*, 17). Ahora bien, es si no imposible, al menos muy difícil, reconstruir, a partir del relato de Tucídides, lo que pudieron ser esas ocho victorias. Sin duda, hay que reconocerles un cierto número (cinco, al parecer) en el grupo de los capítulos considerado aquí. Pero la dificultad misma que se experimenta en identificarlas revela suficientemente que Tucídides, menos ocupado en exaltar los méritos de las tropas que en clarificar el encadenamiento de los hechos, no creyó necesario aislarlas como acontecimientos. Las toma, las sumerge en lo que constituye la unidad del texto, a saber, la tentativa de sitio emprendida contra Siracusa y su fracaso.

¿Tendrá éxito Atenas? ¿Podrán sus fortificaciones aislar a tiempo a Siracusa? Esa es la única cuestión que se plantea y que sobrevuela el conjunto del relato. Una victoria ateniense solo in-

A LA MEMORIA DE LOUIS BODIN

A LA MEMORIA DE LOUIS BODIN